LOS PNN

|  |
| --- |
| Suárez forma su gobierno con gente que no le hará sombra. Prescinde de los grandes dinosaurios, Areilza, Fraga y compañía, y se rodea de un gobierno de penenes (280).  \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_  (280) Alude a los profesores no numerarios (PNN) de la época, los jóvenes ambiciosillos que se quedaban en la universidad llevándole la cartera al catedrático y a veces oficiándole de mamporreros en espera de heredar la cátedra algún día.  (Eslava Galán, Juan (2011): *La década que nos dejó sin aliento*, Planeta, pg. 245.) |

La trilogía de Eslava Galán es un libro muy interesante para personas que, como yo, nacimos en medio de la Guerra Civil española. Nos hace ver la cutrez y el agobio injusto del entorno social y político para la mayoría de la gente que no ganó la guerra. Los que la ganaron y su descendencia (entre los que me encuentro) vivían razonablemente bien y los pequeños de entonces (como los de hoy) nos dábamos poca cuenta de lo que ocurría a nuestro alrededor.

Muchos cachorros de los ganadores, como dice el autor, nos dejamos crecer la barba y nos hicimos “contestatarios”, lo cual, aunque sea motivo de chanza para Eslava, a mí, personalmente, me redime algo de mi inconsciencia infantil y juvenil. Nunca he entendido por qué la historia de uno sirve para ridiculizar los esfuerzos de aquellos que, en un momento determinado, supieron ver las injusticias sociales y políticas del entorno y tratamos de cambiar las cosas, a nuestra manera, seguramente equivocada.

Pero no es éste el motivo de mi texto; el motivo puntual es el que consta en el recuadro de arriba. Como en toda su obra, Eslava Galán ironiza sobre los profesores universitarios de aquella época, pero yerra en las circunstancias exactas de la aparición de los PNNs, en la que yo estuve inmerso en primera fila.

Para empezar, la cohorte de ayudantes de los cátedros existía de manera muy conspicua en la Dictadura. Estudié Derecho en la Complutense durante el periodo 1953-58 (o sea, mucho antes de morir Franco), y en efecto, había algunos catedráticos que venían rodeados por una gran cantidad de “ayudantes” que les llevaban la cartera, les ponían la silla y le escuchaban perorar sentados a su lado en las grandes mesas de la tarima, poniendo cara de mucho interés, mientras que el estudiantado tomaba apuntes sin parar. Es posible que estos “ayudantes” trataran de heredar la cátedra, no era yo entonces muy ducho en las interioridades del profesorado universitario, pero ***siempre*** a través de una oposición (amañada o no, no lo sé).

Después de varios avatares que no vienen al caso, el año 1964, al comprobar que a mí el derecho no me iba para nada, empecé la carrera de Filosofía y Letras. Los años comunes los hice en Salamanca, en donde había todavía alguna vaca sagrada con sus ayudantes. Pero también había profesores jóvenes (generalmente mucho mejores que los antiguos) que nos daban clase sencillamente, sin acompañamiento de nadie, portando ellos solitos su maleta y corriendo su silla para sentarse, como todo hijo de vecino. Y cuando hice los tres años de especialidad (en dos cursos) en la Complutense de Madrid, sólo había dos catedráticos en toda la carrera, los dos muy *ancien régime*, es cierto, pero ya sin cohorte alguna. Todos los demás eran profesores jóvenes que, dada mi especialidad, eran casi todos contratados extranjeros; uno de los cuales se ha ganado el título de “el mejor profesor de mi vida” estudiantil, pero ésa es otra historia; evidentemente, ninguno tenía cohorte alguna.

Buscando trabajo como todo quisqui, cuando acabé esta segunda carrera, me encontré en Salamanca a una chica que había sido compañera mía en los cursos comunes en aquella universidad, María Jesús, todavía la recuerdo (se parecía mucho a Nefertiti) porque gracias a ella encontré ocupación; ya que fue quien me dijo que hablara con un determinado catedrático, a la sazón, secretario de la Facultad de Letras, pues sabía que en ese momento estaban tratando de abrir mi especialidad en la Universidad de Salamanca. Seguí su consejo y fui a hablar con dicho Secretario, mas el catedrático me contestó que ya habían contratado a otro jovencito español que venía de una universidad extranjera, pero que volviera a intentarlo al cabo de tres meses, por si había alguna posibilidad en ese nuevo departamento. Eso hice y, efectivamente, el profesor contratado necesitaba personal con dominio de idiomas y había ya aceptado a otro español joven que venía de otra Universidad extranjera. Como yo había pasado un año estudiando también en una universidad americana, fui igualmente contratado, ganando 900 ptas, al mes, sin seguridad social, faltaría más, en enero del año 1969 (para dar clases en el curso 1968/9). Luego me subieron el sueldo a 1000 ptas (como si hoy ganara 200 euros al mes, más o menos), ahorrando algo en la calefacción del centro, o eso me contaron. Entré a trabajar sin oposiciones[[1]](#footnote-1), eso sí, en condiciones miserables, pero no heredé la cátedra de nadie, ni hice jamás de mamporrero de ninguna persona. Tampoco lo hicieron ninguno de los jóvenes profesores que entonces empezaron a incorporarse a mi Facultad y a otras de la Universidad de Salamanca, ya que hacían falta profesores ante el aumento exponencial del número de estudiantes. O sea, éramos una solución fácil y barata ante la masificación universitaria que entonces empezó.

Pero así no se podía vivir realmente. El curso siguiente, 1969/70, la profesora contratada, Matilde Garzón (Latín), y los profesores igualmente contratados, Salustiano Moreta (Historia Medieval), Miguel Ángel Quintanilla[[2]](#footnote-2) (Filosofía), Gregorio Hinojo (Latín), Francisco García Tortosa (Inglés), Salvador Crespo (Lengua Española) y yo mismo, además de otros muchos cuyos nombres se me escapan ahora, nos reunimos en el aula 11 del edificio popularmente llamado “Anayita” de la Universidad de Salamanca con el fin de organizarnos y exigir unas condiciones humanas para poder seguir trabajando. La primera condición que pusimos fue la de participar (cotizando) en la Seguridad Social. Parece mentira que esto tuviéramos que ganarlo a base de acciones más o menos acertadas, plantes, manifestaciones, etc.

Otra de las cosas que nos hacía falta era un nombre grupal. Como había profesores contratados, profesores ayudantes, y otras denominaciones que no vienen mucho al caso, alguien, no recuerdo quien, decidió que podríamos unificarnos bajo el nombre de Profesores No Numerarios y a toda la asamblea nos pareció buena idea. Yo fui el encargado de redactar el acta de aquella reunión, pero siempre he sido muy flojo, y eso de escribir ese nombre, Profesores No Numerarios, tantas veces me resultaba muy pesado, por lo que utilicé las siglas, PNN, en el acta que luego pasé a ciclostil para que todas las personas asistentes a la próxima reunión pudieran leerla.

Todavía recuerdo el cachondeo que se montó cuando alguien leyó mi acta en alto para comentar los puntos y aprobarla. Lo de Pene-ne o de Pe-Nene sirvió para la risotada general y los comentarios chuscos, desde el que decía que a las profesoras habría que llamarlas Pe-Nenas hasta los que propusieron Coño-ñas. En fin, todo un revuelo que en un primer momento me avergonzó cantidad. No obstante, el nombre prendió a pesar (o quizá, a causa) del pitorreo y fue nuestra marca de lucha durante bastante tiempo. Éramos los PNNs contra los profesores numerarios. Y estábamos tan orgullosos de serlo que en una de nuestras intervenciones “revolucionarias”, en la que argüíamos que funcionalizarnos era un disparate antipedagógico, uno de nuestros carteles más sonados, también de mi mano, fue

“Los PNN no queremos que nos quiten una N”

Jugando con el doble sentido de que al quitarnos esa N seríamos numerarios y no no-numerarios, y que si le quitamos la N la palabra se lee “pene”.

Este es el origen de los PNNS y no otro. Nada que ver con las cohortes de siervos que acompañaban a los catedráticos de toda la vida como cuenta Eslava Galán en su texto.

José Luis Guijarro Morales

Profesor emérito de la Universidad de Cádiz

NOTA BENE: después de leer este texto, el escritor, Juan Eslava Galán, me contestó en un correo electrónico, lo siguiente:

“Tomo nota de todo José Luis para corregir la nota en una próxima edición del libro. Mil gracias por la información. Ya veo que los PNNes que yo padecí en Granada no eran del todo representativos de la especie.

    Un cordial saludo,

            Juan”

1. Pero hice mi tesina, porque eso era el requisito exigido para poder ser contratado [↑](#footnote-ref-1)
2. Luego llegó a Director General de Universidades con el PSOE. ¡Quién se (y nos) lo iba a decir! [↑](#footnote-ref-2)